

Haciendo misión cuando la enfermedad ha ganado la batalla.

Abel García García.

Cita:

Abel García García (2010). *Haciendo misión cuando la enfermedad ha ganado la batalla*. *Integralidad*, 2 (8), 22-37.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/abel.garcia.garcia/11>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pFRq/r08>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Haciendo **misión** cando la **enfermedad** ha ganado la **batalla**

1. La situación real

A inicios de noviembre del 2005 le detectaron a Gabriel, mi hermano menor, leucemia linfoide aguda de células “T”. Evidentemente, el móvil del presente artículo parte de allí.

La vida de la familia se movió desde la gran casa de la avenida Los Eucaliptos, en La Molina, al piso ocho del Hospital Rebagliati (principal centro médico del Seguro Social en Lima), pabellón de hematología, con una rutina absolutamente novedosa: quimioterapias, transfusiones de sangre, transfusiones de plaquetas, epidurales, nauseas, vómitos, toneladas de medicinas y casi una mudanza al hospital. Si ya antes la situación de mi familia era compleja por los serios problemas económicos que vivía, tras el cáncer todo colapsó, se hizo trizas.

Yo en ese tiempo ya estaba distanciado de la iglesia —no de la fe sino de la institución—. A fines del 2004 renuncié a todos los ministerios en los que estaba involucrado (Adolescentes, Comité de Misiones, Academia Bíblica) y decidí dejar los estudios en el Seminario Bíblico Alianza para cambiarlos por la maestría en la Facultad Orlando Costas del CEMAA, gracias a la cordial invitación de un amigo. No dejé de asistir los domingos, pero en cierto momento se formó cierto ambiente “hostil” por la actividad de un grupo alternativo de reflexión en comunidad que yo monitoreaba, reflejado en los comentarios ácidos del pastor de jóvenes y algunos líderes. Mis hermanos ya estaban distanciados desde hacía tiempo pero mi

madre mantenía todos sus contactos con las damas y los matrimonios de la iglesia, igual que mi padre con su grupo de oración.

La reacción de los hermanos cristianos ante el mal de Gabriel fue previsiblemente variopinta. Con la mejor intención llegaron creyentes de muchas denominaciones y énfasis distintos. Con los pentecostales, vi a mi hermano hablar en lenguas. Con los carismáticos, tuve oraciones efusivas llenas de lágrimas. Compartí una misa católica que hicieron por la salud de mi hermano. Los seguidores de la guerra espiritual vieron mi casa llena de espíritus malignos y lanzaron una oferta de expulsión (que, obviamente, rechacé por la ridiculez de decir que en los cactus del jardín “moraban” los demonios). Algún pastor habló de la crisis de la familia y nos dijo que allí estaba la causa de los problemas. Alguno mencionó pecados ocultos (idea que a veces me perturbaba). También mi familia fue a una campaña de sanación en donde mi hermano caminó por todo el estrado cuando le era dificultoso hacerlo. Pero las voces recurrentes repetían que Dios había decidido el mal de Gabriel. Que era “*su voluntad*”, debiendo “*aceptarla con resignación*” y que “*seguramente entenderíamos en el futuro el sentido del sufrimiento*”. Rápidamente llegaron las primeras preguntas: ¿Dios tenía en sus planes hacer que mi hermano sufra terriblemente los dolores de la leucemia? ¿Sentir cómo devoraban su nervio óptico? ¿Quedar ciego? ¿Estaba en sus planes? ¿Esa tortura era para su gloria? Me parecía algo tremendamente incoherente, y peor con algunas afirmaciones poco bíblicas: un

culto de “resurrección” en el velorio, palabras poco afortunadas en el hospital, aprovechamiento de la situación para buscar el cambio de iglesia de mi familia, acusaciones de poca espiritualidad y falta de fe, insensibilidad. Todo eso vi en mis hermanos cristianos de varias iglesias. ¿Puede ser eso un buen ejemplo del trabajo con la familia de un enfermo terminal?

La gente de mi propia iglesia local no escapa a este análisis. Sin embargo, algunas cosas llamaron más mi atención. Algunas personas me sorprendieron gratamente con sus visitas permanentes, estando al tanto de todo, de las necesidades de mi hermano y de las nuestras. Otras me sorprendieron a la inversa, porque ni siquiera indagaban en los cultos dominicales, y parecía que no les importaba lo que sucedía. Yo comprendía que eso se dé con los nuevos miembros o los inmaduros, que aún no entienden a plenitud el sentido de la vida cristiana, pero ¿los experimentados? ¿Los líderes? ¿O es que era trabajo delegado a los pastores? Tenían dificultades hasta para hacer algo tan sencillo como preguntar a la salida del culto. Algunos jamás se me acercaron.

Pensando más, me di cuenta que yo mismo había tenido con frecuencia esa actitud, siendo insensible ante el sufrimiento de otros hermanos capturados por alguna enfermedad terrible. Sabía que estaban enfermos, pero nunca me acercaba “porque era un matrimonio desconocido”, o porque “no sabía qué decir” o porque “los pastores se encargan”. En el fondo, me daba cuenta que en realidad el visitar a los enfermos era una confrontación con el temor a la muerte, fundamental en el ser humano. Sabía que todos tenemos ese destino, y tenerlo frente a frente es difícil. También me aterraba la falta de respuestas. Uno visita a un enfermo con la presión de decir algo pero nada sale, por ello es mejor no ir. O no hacemos nada porque no nos incumbe. No nos interesa.

Porque es mejor no involucrarnos. Es más seguro.

De inmediato recordaba a Jesús, absolutamente vinculado en su ministerio a los enfermos, sanándolos y, por ello, ganándose problemas con el poder religioso. Más allá del sábado o de la impureza ceremonial, lo que quería era ayudar a la gente con su dolor, redimirla. ¿Y qué paso con ese ejemplo? ¿Por qué los cristianos de hoy, en un buen número, ignoran el llamado del sufriente? ¿Por qué no nos queremos involucrar, supeditarnos? Y si lo hacemos, ¿por qué es sólo por compromiso y no por convicción?

En resumen, observé tres cosas:

- El poco tino en las palabras y estrategias de consuelo.
- La teología determinista que decía que el mal de Gabriel estaba determinado desde antes de la creación del mundo por Dios.
- El poco compromiso de muchos cristianos de mi propia iglesia local con el sufrimiento de mi familia.

Este triplete fue fatal para nosotros. Causaron más heridas a las ya existentes. Más dolor, más confusión. Y de allí surge la pregunta obvia: ¿Hay alternativa? Digo que sí. Ante lo primero la psicología puede darnos una mano. Ante lo segundo planteo que la teología debe ser replanteada. Y ante lo tercero sugiero una variante del enfoque misiológico. Es, en síntesis, el esqueleto del presente artículo.

2. El lado psicológico: *un acercamiento*

Comprendo la profunda dificultad que significa el acercarse a los moribundos. Sin embargo, es algo que pastoralmente debe hacerse, y no solo por parte del clero, sino también de toda la comunidad (1). A veces, no se hace o se posterga hasta que la

pérdida ya está dada, perdiendo valioso tiempo. La mejora jamás será física, pero es emocional. ¿Qué hacer? Estoy más que convencido que la psicología puede ayudarnos.

Larry Crabb (2) ingresa en el mundo de las necesidades personales. Dice que la *suprema necesidad básica es el sentido de valor como persona y la aceptación de uno mismo como persona integral y real*. Las dos fuentes que se requieren son *significación y seguridad*. Todos necesitamos eso, incluyendo los enfermos terminales y sus familias. Por ello, nuestro acercamiento debe envolver dos conceptos centrales: el primero, que sigue existiendo la necesidad de significancia y seguridad, a pesar de la muerte inminente. El segundo, que el Señor Jesucristo es completamente *suficiente para satisfacer ambas necesidades*. El consejo centrado en lo bíblico es ayudar a las personas a entrar de lleno a una riqueza personal que les pertenece en Cristo.

Complementario al enfoque cristológico pueden ser añadidos algunos elementos adicionales de significación y seguridad. La película *The Bucket List* (3) (en español “Antes de partir”) trata del multimillonario Edward Cole (Jack Nicholson) y el mecánico Carther Chambers (Morgan Freeman) quienes son de mundos rematadamente diferentes. Casi a la vez le detectan cáncer a los dos, compartiendo el cuarto de hospital e iniciando una amistad que los llevará a desear pasar el tiempo que les queda cumpliendo unas metas que escribieron en un simple papel. Freeman conoció el mundo; Nicholson quiso besar a la mujer más linda del mundo y lo hace al darle un beso en la mejilla a su nieta de, más o menos, cinco años, a la que veía por primera vez tras pedirle perdón a su hija. Pienso que cosas de ese tipo pueden ayudar a contribuir con la significancia y la seguridad de los enfermos terminales en ciertos momentos. Terminar el libro. Finiquitar los pendientes.

Parte de la insensibilidad aparece por el desconocimiento de las etapas que pasa un enfermo terminal y su familia. Elizabeth Kübler Ross (4) escribió un libro en 1969 llamado *On Death and Dying* (Sobre la muerte y los moribundos) donde describe su experiencia como consejera de enfermos terminales y detalla cinco fases por las que pasa el enfermo, su familia y sus amigos:

1- Negación y aislamiento: Es la reacción que se presenta cuando nos indican que el mal es incurable y se da la figura del desahucio. La negación es una defensa inconsciente al principio, una forma normal de enfrentarse a lo terrible de lo inminente, a la muerte que está llegando. Como cristianos, debemos saber que esta es la primera etapa para estar preparados a enfrentarla. No sirve de mucho confrontar o decir que “*hay que aceptar eso*”. Hay que escuchar, llorar con la persona y manifestarse como amigos interesados.

2- Indignación o ira: Tras lo anterior suelen aparecer sentimientos de ira contra todo y todos. Contra el hospital, contra el enfermo, los padres, el cónyuge; contra Dios, los médicos, la vida, el mundo, la enfermedad. Esta parte es difícil porque la rabia se irriga a todas partes pero nunca hay que tomar esa rabia como ofensa. Como consejero, me pueden insultar o atacar, pero nunca es personal, y debo recordar eso.

3- Regateo o negociación: Cuando la familia ha exteriorizado su indignación, pasa a una fase de negociación y pacto. “*Si vive hasta el fin de año*” o “*Si al menos pudiera llegar al cumpleaños de nuestro hijo*”. No es un tiempo muerto o inútil. Ya no hay cólera y hostilidad. Se le ruega a Dios, se ora mucho, se hacen pactos con él. A veces, se le ponen condiciones a Dios. Nuestro conocimiento bíblico puede ser importante en esta etapa, pero siempre con un enfoque de amor y profunda comprensión. No basta la teología: tiene

que aterrizar para llegar al corazón del enfermo y su familia.

4- Depresión: Algunos familiares caen desde la fase anterior (o directamente desde el enojo) en la depresión, con una doble vertiente: como consecuencia de las pérdidas pasadas y como proyección hacia las pérdidas futuras. A veces el enfermo se da cuenta que va a perderlo todo y a todas las personas que ama, entristeciéndose. No existen palabras tranquilizadoras, por lo que suele ser mejor permitirle sentir su aflicción, decir una oración, simplemente tocarlo con cariño o sentarse a su lado en silencio. Esto es algo invaluable, sumamente apreciado cuando el dolor tras la pérdida va pasando.

5- Aceptación: Gradualmente se va abriendo paso la esperanza, lo que abre las puertas a aceptar la pérdida. Kübler Ross cree que si a los enfermos terminales se les da la oportunidad de expresar su rabia, llorar y lamentarse, concluir sus asuntos pendientes, hablar de sus temores, pasado por esas fases, llegarán sin inconvenientes a este último nivel. No van a sentirse felices, pero tampoco deprimidos o molestos. El saberse amados por Dios y estar expectantes de poder estar pronto, junto a Él y libres de su propio sufrimiento puede ser positivo.

¿Existen otras cosas concretas que podemos hacer? (5)

Algunos sugieren que nos anticipemos a las fechas y situaciones, como los aniversarios, cumpleaños, o navidades, ya que llegarán nuevas reminiscencias de dolor que desalientan, por lo que conviene tenerlas en cuenta para adelantarse si están por venir, adivinando o imaginando como se vivirán, o averiguar el impacto. Una salida en grupo o un regalo especial pueden ser útiles.

A veces la persona en trance tiene un auténtico bloqueo cognitivo mezclado con miedo, ya que su mundo se le ha venido

abajo y todo puede ser extremadamente peligroso. En esta situación, a veces, la toma de decisiones resulta difícil o es necesario adquirir habilidades que ejerce el enfermo (arreglo de un enchufe, cocinar, pagar los impuestos). Nuestra ayuda puede ser muy importante.

También puede narrarse repetitivamente la enfermedad. La narración de un hecho trágico permite desdramatizarlo en parte. El relato pormenorizado y redundante de la enfermedad y el imaginarse la posible muerte puede ser catártico, ayudando a aclarar los pensamientos. Ayuda a asimilar la muerte próxima, haciéndolo parte de nosotros y así podemos soportarla mejor.

Podemos hablar de retazos de vida pasada, extrayendo recuerdos. Con ello, el doliente perfila lo que fue y lo que es, reflexiona, busca, rebusca y tiene la oportunidad de ver que los vínculos estarán por siempre. El nacimiento, el día en que se conocieron o se casaron u otro evento especial nos traen la magia permanente de la presencia a través del recuerdo, y así contribuimos a crear un tesoro muy valioso, absolutamente invaluable.

Con asesoría profesional puede sugerirse la utilización de psicofármacos porque a veces son necesarios. Sólo debe tomarse medicación para episodios causados por la situación durante un tiempo limitado y ocasional.

Recapitulando, puedo citar a Polischuk (6), cuando habla de instigar la esperanza, compartiendo ideas, hablando de Dios, comentando de Su fidelidad, nunca dejando las cosas al azar, manteniendo un contacto permanente con gentileza, disponibilidad y mucho respeto. Lo importante es mostrar al enfermo y la familia que ellos no están solos. La iglesia como un todo tiene un importante papel en el soporte porque aquí es cuando de verdad puede manifestarse el espíritu comunitario que Jesús anhelaba cuando

rogaba a Dios que “*todos sean uno*” (Jn. 17:20). Las oraciones y plegarias junto con manifestaciones concretas de interés, como visitas y ayuda tangible, son básicos para pasar mejor el trance.

3. El lado teológico: *la teología a superar*

Creo en Dios. No dudo de su existencia y afirmo que podemos conocerlo a través de sus revelaciones (7). Él es creador de todo lo existente (Gn. 1:1), el eterno Yo Soy (Ex. 3:14), es amor (1 Jn. 4:8), está por encima de los parámetros temporales (Sal. 90:2; Gn. 21:3) y de los espaciales (1 Re. 8:27; Hch. 17:24-28). Puede hacer cualquier cosa consecuente con su naturaleza (Gn. 17:1, Ex. 6:3, Ap. 1:8), y sabe todo lo que pasó –real o posible–, lo que pasa y pasará (Hch. 15:18; Sal. 139:16). Dios es mucho más, en tal magnitud que es absolutamente impenetrable para nuestra capacidad de comprensión.

Uno de los atributos de Dios es el de la soberanía, que se entiende como la puesta en práctica de su voluntad. Él es independiente de sus criaturas y su creación en manera absoluta, (Is. 40:13-14; Dan. 4:35, Ef. 1:11), es el ser principal de lo que es, con todo el poder, así que puede actuar como quiere (Sal. 115:3). “*Dios tiene derecho a hacer su voluntad con lo que le pertenece, a disponer de sus criaturas como a él le place, sin necesidad de consultarlas*” (8). La libertad humana se entiende dentro del ámbito de la soberanía de Dios. En ella hizo la creación material e inmaterial, como a los ángeles (1 Tim. 5:21; Col. 2:10; 2 Ped. 2:4) y al hombre. Es el hombre el que tiene libre albedrío, existiendo una armonía perfecta entre la soberanía de Dios y la responsabilidad de la criatura.

Históricamente han existido distintas opiniones sobre la soberanía de Dios, con énfasis particulares. Para los griegos la

historia seguía por los carriles del destino y nadie podía, por más que lo deseara, liberarse de ese yugo inevitable al que podríamos llamar, en jerga evangélica actual, “*voluntad de Dios*”. Por ello, se decía que la vida humana estaba reducida a una simple interacción entre el títere y el titiritero que lo controlaba todo. El fatalismo resultante (que puedo llamar en lenguaje eclesial moderno “*sumisión a lo que Dios quiere*”) tuvo ciertas consecuencias en el mundo filosófico de los griegos, reflejadas en la pasividad o inoperancia (estoicismo), la negación (cinismo), la permisividad (hedonismo) o el salto trascendental (platonismo). Sin salidas a lo inevitable, el ser humano nada podía hacer. Hasta el mismo Dios estaba “presos” de su propia naturaleza, porque nada es tan fuerte como para afectarlo; es inerte, porque lo perfecto jamás puede cambiar. Dios es lo que es, sin más ni menos. Es lo absoluto.

Pablo fue el primero en iniciar el dialogo entre el pensamiento griego y el cristianismo, diseñando la teología sobre la cual se construiría la base de la fe. El crecimiento de la iglesia y su sincretismo con la cultura de la época hizo que, poco a poco, los cristianos contemplaran a Dios de la misma manera en que los griegos miraban a sus múltiples divinidades o como los romanos consideraban a sus césares, sus autoridades o su régimen político. Los concilios fueron validando estas ideas, abandonando la originaria cosmovisión judía que cobijó la génesis de la enseñanza de Jesús y, lentamente, se introdujo la concepción de que Dios determinó todo lo que sucede en el mundo. ¿Y lo que el hombre hace? Simplemente sirve para que madure, para que alcance su mayoría de edad y se acerca progresivamente a Dios. Nada de lo que haga, ni sus elecciones, ni sus rebeliones, ni sus guerras, ni sus descubrimientos, ni sus catástrofes, ni sus éxitos, ni lo más sublime o demoníaco cambiará lo que Dios planeó desde antes de la creación del mundo. El extremo es el pensamiento agustiniano

que niega el libre albedrío del hombre.

La reforma no implicó cambios en estas convicciones griegas y medievales de la soberanía de Dios. Al contrario, incluso se profundizaron. Calvino dijo (9) que Dios es el gobernador de todas las cosas, que determinó en la eternidad todo lo que iba a pasar, llevando a cabo lo que decretó mediante el uso de su poder. Todo sin excepción está bajo la atribución de la providencia de Dios. Es un descarte a la posición epicúrea, que dice que el mundo está gobernado por la casualidad, y de la posición estoica, que afirma que más bien está gobernado por la suerte (10). Para él, *“la voluntad de Dios es la suprema y primera causa de todas las cosas, porque nada ocurre sino por su mandato o permiso”* (11). Dios en su providencia gobierna todos los eventos, sin negar que las cosas creadas tengan sus propias propiedades o leyes. Estas están supeditadas a lo que Dios les ha permitido, de acuerdo a Su voluntad. El mismo Calvino dice que *“Dios detuvo el sol (Josué 10:13) para testificar que el sol no sale de mañana ni se esconde por un instinto secreto de la naturaleza, sino que Él mismo gobierna su curso para renovar la memoria de su favor paternal hacia nosotros.”* (12)

La idea calvinista de la soberanía de Dios sobrevivió los siglos de la convulsionada historia de la iglesia protestante y hoy está bastante arraigada en la cabeza de los cristianos evangélicos peruanos. El afirmar que Dios tiene todo bajo su supervisión puede parecer una afirmación de su poder y majestad, pero en realidad ha traído algunas consecuencias sutiles bastante duras y de las que no se habla demasiado. Por ejemplo, el hecho que asumamos el control total de Dios ha traído un cierto fatalismo y pasividad en los creyentes de la iglesia, tal cual sucedió con los griegos. Si un pastor empieza a hablar herejías desde el púlpito o mantiene actitudes autoritarias y controladoras no se hará nada porque *“todo está bajo el*

control de Dios” y será *“Él, mediante su Espíritu, el que se hará cargo”*, sin importar el dolor que esto traería a la iglesia incluso por años. También suele mezclarse el conflicto cósmico con la soberanía de Dios: hay un opositor a la voluntad de Dios, y es el Diablo. Él se opondrá a los designios divinos con todas sus fuerzas. Por ello, si Dios nos manda predicar a toda criatura, y para eso hacemos una campaña evangelística, pero al predicador le da una infección en la garganta y pierde la voz la noche anterior, pues es la oposición a los designios de Dios! La vida cristiana se reduce a una lucha de espíritus en la que tenemos que tomar parte. Todo es provocado por fuerzas malignas, que nos derriban, nos enferman, nos hacen daño. Algunos cristianos, lamentablemente, le dan más importancia que a Dios (13).

La lógica calvinista puede ampliarse mucho más. Si tengo un accidente, es la voluntad de Dios. Si me detectan cáncer, es porque así lo quiso el Soberano del Universo. Si mi bebé muere electrocutado, es porque Dios tenía sus propósitos que son insondables para mí ahora pero que *“entenderé”* en el futuro. Si a un amigo le detectan una enfermedad muy dolorosa pero de larga cura, pues será por un pecado oculto, porque no quiere someterse a Dios, su iglesia o porque *“algo habrá hecho para que Dios lo castigue así”*. La viejísima teología retributiva que se resiste a morir (14).

Yo veo aquí un serio problema que afecta nuestros intentos de hacer una consejería pastoral efectiva. Cuando me decían que *“Dios se llevó a mi hermano”* me quedaba claro que la frasecita es una manera elegante de decir *“Dios mató a mi hermano”*. Un eufemismo, nada más que eso. Suena fuerte, por supuesto, porque es terrible pensar que Dios asesinó a un joven de veintidós años. Por ello, de inmediato vienen los analgésicos como aquel que dice que *“sus propósitos son insondables”* o *“no entendemos los propósitos ahora, pero*

luego veremos cómo el bien llegará". Sin embargo, si uno se pone a pensar bien, considerando todo el marco teológico implícito, el analgésico no resuelve el problema. Estamos postergando el conflicto por la muerte de un ser querido. Y en el futuro, las cosas pasan, el dolor se hace menor, se hace tolerable (recordemos las fases de Kubler-Ross), pero esto no viene por nuestro actuar como cristianos. Nada solucionamos porque bajo la lógica eufemística Dios lo mató.

Y eso no puede ser. Dios no puede tener que ver con la leucemia de Gabriel, o con el suicidio de la gente, o con la desnutrición infantil de los andes peruanos, o con los campos de concentración nazis de la segunda guerra mundial, o con la sangre iraquí derramada desde la invasión norteamericana, o con los aviones lanzados contra las torres gemelas de Nueva York, o con la pobreza extrema.

No, no tiene nada que ver.

Pienso que se hace imperioso *cambiar el enfoque teológico de la libertad humana*. Primero, debemos liberar a Dios de la responsabilidad de todas las cosas que pasan en el mundo, asumiendo como seres humanos nuestra parte de *culpa* por lo que sucede. Para esto, hay que entender que nuestro libre albedrío es completamente real, para nada ficticio o aparente, siendo uno de los regalos dado por Dios a los seres humanos más grande e importante (solo superado, a mi entender, por el hecho de existir y la capacidad de relacionarnos con Dios). Por supuesto que Dios es todopoderoso y puede hacer todo lo que desee, y claro que es el creador de todo y estamos bajo la sombra de su magnificencia, pero Él nos cedió la libertad y un compromiso con su respeto de las decisiones que nosotros tomáramos. Nosotros podemos decidir, hacer, hasta el punto que Dios permite que colaboremos con Él, caminando con el hombre en el recorrido de la historia.

Dios ha entregado al cuidado del hombre el dominio del mundo, desacralizando su obra para nuestra administración. ¿Por qué así? Por amor y nada más que por amor, asumiendo el riesgo real de que su Creación quiera ir en pos de sus propios deseos. Lamentablemente, el hombre decidió en contra de Dios, y Él (Dios) sufrió y sufre realmente por la senda que la humanidad decidió andar. La historia de Oseas y su mujer adúltera (Os. 1-3), con su enorme desdicha y la forma en que la soporta, y la del hijo pródigo (Lc. 15:11-32), donde el padre soporta en silencio el dolor de la actitud autosuficiente y egoísta del hijo, reflejan cómo es Dios con nuestra actitud rebelde. Dios realmente quiere que le amemos sin coerción, y ante nuestra osadía espera y nos da oportunidad (15).

Es la libertad que tenemos, mucho mayor de lo que los cristianos actuales quieren asumir, la que nos ayudará a comprender el verdadero papel del Señor. Dios nos dio espacio y nosotros hicimos lo que quisimos ignorando las palabras divinas, pero Él nunca nos abandonó. Nos dio principios y verdades, nos llama a que nos acerquemos a Él y nos convoca a que construyamos la historia junto a él. *Ese espacio nos dice que Dios no ha determinado todos los eventos negativos que suceden a diario en nuestro mundo* (16). No todo lo que sucede, positivo y negativo, es su voluntad. Él no ha previsto todo lo que sucederá, porque ha resuelto construir la historia con su creación máxima. *Él renuncio a parte de su omnipotencia* (como en la kenosis cuando inició el proceso de redención) cuando creó seres a su imagen y semejanza *y deja los eventos en construcción* (aunque conozca lo que sucederá, que no implica que lo decida).

Hay una probabilidad para todo. Puede determinarse la probabilidad de sufrir un accidente automovilístico. Por ejemplo, si diariamente 100 personas sufren un accidente de ese tipo y la cantidad de gente que vive en la ciudad es de 100,000 personas, la probabilidad de que un día

cualquiera yo sea la víctima es de $100/100,000 = 0.001$. O, visto de otra manera, estadísticamente hablando cada 1,000 días yo estaré involucrado en algún choque en cualquier lugar de la ciudad. De la misma manera, cualquier evento positivo o negativo puede ser medido con una probabilidad de ocurrencia. Que viaje a la luna es 0%. Que tenga un segundo hijo puede ser un 90%.

Entonces me puede tocar lo bueno y lo malo, y Dios no tiene que ver necesariamente con ello porque tenemos libertad real. Puede tocarme un cáncer, puedo ganar una lotería, puede romperse el fémur de mi pierna derecha, puedo ganar el sorteo de visas de la embajada norteamericana, puedo sufrir por años de una enfermedad persistente que no logran detectar con precisión y me lleva por momentos a un estado de desesperación, puedo ascender rápidamente en el trabajo. Repito que muchas cosas pueden suceder, pero como Dios en su soberanía nos colocó en un entorno de libertad, necesariamente él no tiene que ver. Es más, me atrevería a decir (aunque, debo reconocer, no con tanta seguridad) que *normalmente no tiene que ver.*

Entonces, ¿Qué hace Dios ante la desgracia? ¿Me deja prisionero de la fría estadística? ¿Todo no son más que funciones de densidad y modelos probabilísticos sumamente complejos? No, porque como dije líneas arriba, Dios decidió que construyéramos la historia con él, y día a día anda con nosotros. Es feliz por nuestros éxitos, llora nuestros fracasos, nos alienta en la desesperanza, se goza en nuestras celebraciones. Nos consuela ante la pérdida, no nos deja nunca cuando el vacío de la ausencia nos es abyectamente insoportable, seca nuestras lágrimas, soporta nuestros insultos con paciencia, nos cobija en su regazo cuando necesitamos de consuelo, nos muestra el camino por dónde hay que seguir para poder seguir en la vida, no nos deja solos, da sentido al sinsentido, nos

regala el placer del recuerdo y nos brinda una sonrisa por la memoria del ido. ¡Ese es Dios! No mata al hijo: cuando eso sucede llora con nosotros el drama de la separación, inclusive, muchos años después –de ser necesario–. Por eso, puedo decir que Dios sufrió y lloró conmigo y mi familia por la leucemia de Gabriel, desde el día que se la detectaron hasta el día que lo enterraron en Lurín. No quiso que eso pasara. Puedo afirmar que Dios padeció con cada suicidio, o con la desnutrición infantil de los andes peruanos, o con los campos de concentración nazis de la segunda guerra mundial, o con la sangre iraquí derramada desde la invasión norteamericana, o con los aviones lanzados contra las torres neoyorquinas, o con la pobreza extrema. Todo eso es causa de dolor para él. Como para nosotros.

Somos más libres de lo que imaginamos; Dios no ha diseñado un destino irremediable; no determinó las tragedias de la vida; camina a nuestro lado y nos permite construir la historia; soporta nuestra alma ante las vicisitudes de la vida, llorando y consolándonos. *Es, en pocas palabras, la teología que debe reemplazar al determinismo calvinista que es inútil ante la inminencia de la muerte y el sufrimiento del enfermo terminal, y que no da esperanza, trayendo una inútil e innecesaria confusión.*

4. El lado misiológico: involucrándonos de verdad

Hace unos años, la Alianza Cristiana y Misionera del Perú realizó una gran conferencia denominada “Crece y multiplicate”, animando a su liderazgo nacional a implicarse con la expansión numérica de la iglesia. Es su compromiso doble con dos grandes principios teológicos, uno a nivel misiológico (el

cumplimiento de la Gran Comisión a toda costa) y el otro de tipo escatológico (la premisa pre-milenial y pre-tribulacionista que deriva en una visión fatalista y degenerativa del mundo), que le dan sentido a las motivaciones de la evangelización: hacerlo porque es un mandato ineludible del Señor Jesucristo y hacerlo porque el Apocalipsis está cerca, el mundo se destruye, se hunde y hay que rescatar a la mayoría de las personas de este gran naufragio, a lo Moody.

Este primer principio teológico basado en la Gran Comisión se concentra en la palabra "Id" (Mt. 28:19). Las iglesias suelen hacer el esfuerzo de ir al griego, de donde dice que el verbo se encuentra en forma de un participio pasivo deponente de aoristo, lo que significa que la traducción verdadera debe ser "yendo". Es decir, "cuando estén yendo, hagan discípulos", y se enfatiza fuertemente en ese proceso doble: yendo por nuestros caminos-haciendo discípulos en ese caminar (17).

Quiero concentrarme en un punto vinculado a la Gran Comisión. Sabemos que Cristo se la encarga a los apóstoles en un contexto en que los once habían pasado tres años con Él. Pueblo tras pueblo, con las masas, a solas, por los desiertos, por el mar de Galilea, por el Jordán, en el Templo jerosolimitano, en sinagogas citadinas, en las norteñas tierras extranjeras, en cenas pudientes, en meriendas multitudinarias. Ellos se sabían discípulos del maestro, tanto que algunos lloraron amargamente su negación (Mt. 26:69-75; Mr. 14:66-72; Lc. 22:55-63; Jn. 18:15-18,25-27) o se colgaron de una cuerda por su traición (Mt. 27:3-10; cf. Hch. 1:16-20). Tres años, día tras día, aprendieron del verdadero Rabí, del mismo Dios hecho hombre, de sus enseñanzas, de sus milagros, de su compasión, de su rabia al ver profanado el templo sagrado. Su discipulado era complejo, completo e integral. Era paciente, esforzado, vivencial, nada

haragán, de día a día. Si a ellos les decían la palabra "discípulo", todo lo anterior y mucho más venía de inmediato a sus cabezas.

Teniendo en cuenta esto pregunto: ¿Qué pensaban los originales receptores del mensaje (los apóstoles) al recibir el mensaje de "ir yendo haciendo discípulos", considerando el entrenamiento que habían recibido? Creo yo que reflexionaban en el ejemplo recibido de Jesús aplicado directamente a ellos mismos, que de ninguna manera tenía a la inmediatez como característica. Para ellos la labor de Jesús fue como una maratón, no una carrera de cien metros planos. Entendían que hacer discípulos es un trabajo largo, no una cosa de una campaña de una noche, una mano levantada, las palabras de un consejero, el llenado de una ficha, la asistencia a un encuentro o la invitación a una reunión. Lo comprendían por sus propias vidas transformadas.

Si el "hacer discípulos" era algo largo y trabajoso según la forma que Cristo estableció en su labor terrestre, para un claro entendimiento de la Gran Comisión se necesita encontrar el hilo conductor del andar del Jesús en misión. Yo pienso que es necesario comenzar por Lucas 4:16-30, una especie de génesis o bosquejo programático del ministerio del Señor. Sé que antes estuvo el bautismo, la tentación, la charla nocturna con Nicodemo, la primera limpieza del templo, las bodas de Caná, algunos milagros, pero ninguno de estos eventos son un compendio, una base inicial, un marco de referencia de todo Su ministerio. El discurso en Nazaret sí lo es (18).

Nazaret (19) es la ciudad "donde se había criado" (v. 16). Por lo tanto, Jesús es una figura familiar para su auditorio ya que es un miembro de la comunidad a la que frecuentado todos los sábados por muchos años. Con mucha probabilidad había hecho antes el mismo acto de leer y reflexionar que caracterizaba a la extensa

liturgia compuesta de oraciones y lecturas (en ella se leían algunos pasajes de la Ley y de los profetas. Luego, alguien ofrecía un comentario a la asamblea. Jesús hace esto último según el texto lucano), y en esta ocasión Jesús cita a Tritoisaías, profeta enigmático que habla de temas diversos en sus diez capítulos aunque se puede centrar su enseñanza en dos ejes. El primero es la justicia (Is. 56:1), el segundo es precisamente el pasaje citado por Jesucristo (Is. 61:1-3). Ambos textos hablan de un consuelo por venir que traerá bendición y salvación de Dios a todo el pueblo, aunque condicionado a la práctica de la justicia. *“Dios quiere escuchar a su pueblo, salvarlo de la situación en que se encuentra. Pero el hombre debe colaborar, cambiando de actitud y de conducta”* (20). Con ese contexto en mente, el sexteto misiológico citado por Jesús cobra más relevancia:

- Dar buenas nuevas a los pobres/abatidos
- Sanar/vendar a los quebrantados de corazón
- Pregonar/publicar libertad a los cautivos
- Vista a los ciegos
- Poner en libertad a los oprimidos/presos
- Predicar el año agradable del Señor/año de gracia, día de venganza

El anuncio, la sanidad y la liberación son expresiones de la misión de Jesús dentro de un contexto temporal aplicado a un nuevo jubileo sin opresores-oprimidos-abatidos-invidentes-desesperados. Es una trama nueva donde se anuncia una esperanza que nos sugiere colaborar con esta acción de Dios manifiesta desde que *“el reino de los cielos se ha acercado”* (Mt. 4:17). Lo fantástico es que *“todo se había cumplido en ese momento”* (Lc. 4:21), para sorpresa general de los nazarenos, que reaccionan de una manera ambigua, aunque finalmente pretenden despeñarlo porque Sus palabras no estuvieron de acuerdo con su particular esperanza (21).

El esqueleto de la secuencia global puede ser como sigue:

- Jesús define su misión (Lc. 4:16-30)
- Jesús aplica su misión (la gran mayoría de los evangelios)
- Jesús delega la misión (Mt. 28:19)

Marcando distancia con la muerte en la cruz, misión exclusiva del Señor por su condición única de redentor del mundo, creo que el pasaje lucano estaba marcado en la idea apostólica de hacer discípulos, siendo imposible divorciar ambos eventos (22). Hacerlo de una manera distinta es un error que nos ha costado caro a través de la historia de la iglesia cristiana y más en los siglos recientes, donde hermenéuticas fundamentalistas olvidaron la profunda relación de ambos textos.

Si este es el marco de referencia de los apóstoles a la hora de hacer discípulos, es necesario analizar las aplicaciones prácticas en nuestra misiología. Sé que *“hoy, aquí, en el Perú y en todo el mundo, el jubileo es una esperanza ya cumplida, pero, como el mismo reino de Dios, es una realidad que “ya pero todavía no”, donde será más presente cuando los cristianos sean más conscientes y sensibles de su papel en la misión de Dios y su proceso reconciliatorio. Por ello este mensaje de Jesús atento al pobre como opción preferente (pero no única), demanda de nosotros compasión, un compartir permanente, solidaridad, renuncia, sacrificio, lucha por la justicia en todas sus instancias pero, en especial, por la justicia económica”* (23), entendiéndola especial prioridad en el texto hacia los desposeídos. Debo añadir, sin embargo, que no es lo único que se infiere del pasaje bíblico. ¿Por qué digo esto? Porque, por ejemplo, se nos habla de los quebrantados de corazón, de los de corazón roto y pulverizado. Un problema en la teología latinoamericana es que la opción por los pobres ha sido sacralizada casi a niveles absolutos (aclaro que creo en ella) cuando

en realidad no es una opción exclusiva. Existe un nivel de la misión de Jesús dedicada de una forma práctica al trato de la desesperanza, de la angustia, del sufrimiento humano, de la crisis psicológica, de las lágrimas permanentes. Por su trato con el sufrimiento resucitó a dos personas, sanó multitudes, dejó que lavaran sus pies con un aceite caro. Es, como dice Gabriela Ibarra en su excelente blog (24), *un Cristo que se compromete en acción por los desesperados sin importar si son ricos o pobres*. Entre ellos, los enfermos.

4.1 Cristo y los enfermos

Los judíos creían que la enfermedad tenía que ver con lo sobrenatural, más específicamente con algún pecado cometido por la persona enferma. Como asunto espiritual, su cura se vinculaba a los sacerdotes (las leyes sanitarias del Levítico eran un claro ejemplo) aunque Dios mismo era el sanador definitivo (Ex. 15:26). Podía ser tan extremo como en el caso de los leprosos, que no podían ni acercarse a los caminos ya se creía que bastaba con mirarlos para quedar impuros, por lo que andaban con una campana en el cuello para alertar a los caminantes a desviarse y evitar contaminar a otros. Jesús se reveló contra esta forma de pensar de su época, ya que encerraba dentro de sí una falsa concepción de Dios. En otra ocasión, ante un parálítico, los discípulos le preguntaron que quién había pecado, él o sus padres, y Jesús les respondió que ninguno de ellos, que su enfermedad no era fruto de un castigo de Dios. Esto era algo extraño para sus contemporáneos.

El registro bíblico dice muy poco de la enseñanza de Jesús sobre la enfermedad, pero sí mucho sobre su actividad con los enfermos. Mostró una gran compasión (Mt. 7:26) y, como judío, vinculó a la enfermedad como consecuencia del pecado. (Jn. 9:3; Lc. 7:21). Por ello, él veía a la cura física exterior como un símbolo de la cura espiritual interior, aunque

nunca restringió su forma de pensar.

Jesús no sacó cuentas de las ventajas o desventajas que pudo traerle el atender o no a algún enfermo. Siempre estuvo dispuesto para ayudar a su prójimo, pero iba más allá, hacia el dolor fundamental que era la lejanía de Dios. Por eso, Jesús, al curar a los enfermos, quiere curar sobre todo la herida profunda del pecado, ansiando el bien integral, físico y espiritual (Lc. 7:14), sin importar trabas humanas que se colocan encima de la misericordia, como el sabath (Mc. 1:21; Lc. 13:14) o temas raciales (la mujer siro-fenicia, el centurión romano). Por ese deseo privilegió su primer milagro (Jn. 2:1-12), alegrando la noche de celebración de una boda y no alimentándose tras el ayuno de cuarenta días (Mt. 4:1-11).

Curando enfermos Jesús les demostró el amor de Dios hacia ellos porque Él no quiere la enfermedad sino la salud para todos nosotros. Con su comportamiento ante los enfermos Jesús es reflejo de la bondad del Padre (Jn. 10:30) para con todos sus hijos y el *ejemplo máximo* del trato que le debemos dar a los enfermos, en especial a los de condición terminal. Con sus obras nos está invitando a actuar, no limitándonos a la palabra de consuelo, siempre necesaria pero en ocasiones insuficiente.

4.2 Nosotros ante el dolor

Cuando tenía 16 años me encontré con esa frase deslumbrante de Camus que decía que el quid de la filosofía o el tema básico a plantearse era el suicidio, si esta vida en la que nos encontramos merece de verdad, valga la redundancia, ser vivida. Años después, me la volví a encontrar en uno de los últimos libros de Sábado (25) cuando él, siendo existencialista, se encontró con la misma interrogante. Obviamente escogió la vida, y más aún, al puro estilo camusiano: comprometiéndose por completo por esta humanidad rota, partida en demasiados pedazos. Vida larga la suya

que no se extingue pasada la base nueve.

Si nos enfocamos en lo miserable de la situación humana presa del temperamento destructivo que se ha venido demostrando a través de la historia, huelgan motivos para darles la razón a ambos. El sinsentido del vivir para padecer, para llorar y entrar en desesperación cunde inmisericorde haciendo dudar en algún momento hasta al de más fuerte fe —sino pensemos en Juan el Bautista, cuando desde su prisión en Macaero envió a sus discípulos a preguntarle a su pariente Jesús si era él el que había de venir (Mt. 11:2-19; Lc. 7:18-23) —. Es que todos sufriremos finalmente. Todos nos vamos a morir años antes o años después, todos nos vamos a enfermar de jóvenes o viejos, todos tenemos en distintos niveles conflictos interpersonales, a todos nos sale sangre y a todos nos duele el alma. Y si la vida se centra en eso, si no hay escapatoria y si nos convertiremos en gusanos una vez que nos llegue la hora, pues escojo el suicidio. Si las cosas son así pues algunos tienen razón: la vida es basura.

Pero allí no se circunscribe la realidad de las cosas.

Todos los antecedentes se remontan al conflicto cósmico inicial que dio origen al pecado. Sin importar la hamartiología que tengamos, lo que la Biblia insinúa es que este conflicto se inició en las esferas espirituales y que, de alguna manera que para algunos es clarísima (los que asumen la realidad literal de los primeros capítulos del Génesis) y para otros no tanto (los que asumimos la no literalidad de los primeros capítulos del primer libro de la Biblia), se derivó con la misma gravedad inicial a la realidad material y, por ello, dice Pablo que toda la creación “gime” a la espera de la restauración definitiva (Rom. 8:21-22). Desde el momento de esta irrupción — aunque no lo parezca— estamos involucrados en una guerra invisible gravísima que hiere a todos sin cuartel y sin excepción, la verdadera guerra mundial

y la más devastadora, sin tregua ni capitulaciones. Nos hace morir, llorar, angustiarnos, temer de verdad. Lo peor del asunto es que no nos damos cuenta de nada.

Somos como judíos en la Alemania de inicios de los años cuarenta. No lo pedimos. Simplemente, como el comercial televisivo decía, las cosas son como son, y no están determinadas por Dios. Y en esa realidad, seamos cristianos, budistas, ateos, agnósticos, musulmanes o lo que sea, seremos víctimas de las esquilas. Repito el raciocinio de páginas atrás: enfermarán los niños y jóvenes, moriremos en accidentes de tránsito, nos llenará el desamor y la ingratitud de la gente que nos ama, romperemos amistades y dañaremos a nuestras familias.

Si esa es la triste realidad, ¿Qué más hace Dios al respecto? ¿Hizo algo además de estar a nuestro lado para el consuelo?

Dios regaló libertad y no ha determinado las cosas, pero esto no implica su no-intervención. *Ha hecho lo necesario*. La cruz de Cristo fue la solución al dilema cósmico planeada desde el inicio. Cristo se despojó de sí mismo, se hizo como nosotros, se hizo siervo, se hizo pobre, nadó en este mar agitado y para resolver el conflicto se sumergió en sus aguas, usándola como camino necesario, yendo al igual que nosotros directo al destino de la muerte, como aquel siervo sufriente tan explícitamente descrito (Is. 53). Sabiendo que vivimos en la realidad innata del sufrimiento, Cristo la usa como elemento capital para nuestra redención mediante la cruz, con lo que el conflicto cósmico, causal del sufrimiento humano, quedaba resuelto. Así, además de redimirnos, culminó su proceso de identificación completa con la raza humana. Luego de la cruz, puede decirnos “consumado es” (Jn. 19:30), pero también “*yo también sufrí, al igual que tú, con tortura y laceraciones, hasta la muerte más despiadada. Tu enfermedad la he vivido, y te comprendo*”

perfectamente". Por esa razón en todo sufrimiento Él está allí porque realmente nos entiende. Esto no es demagogia ni eslogan de campaña electoral. Nos acompaña en el dolor de la enfermedad porque sabe cómo se siente; *lo ha vivido*.

Se dice que de nuestros errores más groseros Dios puede sacar eventos de bendición para otros, aunque sería mejor que no fuera así. De lo más miserable Dios puede escoger lo que necesita para cumplir sus planes. Del sufrimiento abyecto de Cristo vino al final nuestra salvación completa. ¿Qué se puede hacer entonces a posteriori con el sufrimiento que nos toca vivir? ¿Con la enfermedad que en poco tiempo llevará a alguien a la muerte?

El sufrimiento nos humaniza, porque muchas veces genera ese especial sentimiento llamado solidaridad, vinculándonos y permitiendo la hermandad. Sin embargo, a veces no nos queda claro el objeto de lo solidario, si debemos ser inclusivos y abarcar a todo el mundo, o exclusivos y limitarnos a nuestra comunidad, nuestra familia o nuestra iglesia. Jesús medita y enseña sobre esto al responder la pregunta capital, la más importante de esta vida: "*¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?*" (Mt. 19:16, Mr. 10:17; Lc. 10:25, 18:18).

Jesús la responde con Levítico 19:18 ("*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, Y a tu prójimo como a ti mismo*"). No parece haber mayores objeciones con la parte correspondiente a Dios, pero el escriba que hizo la pregunta, judío y elitista, quiso ir más allá y pidió una especificación, una aclaración sobre el prójimo. Quizá esperaba que el Maestro le dijera que eran el judío, el compañero en la fe o el pueblo de Dios, algo así de delimitado, pero la respuesta rebasó todas las expectativas.

Cristo contó la parábola del Buen Samaritano (Lc. 11:25-37), conocida por

todos. En ella, se nos enseña que ese prójimo no es sólo mi hermano de sangre o mi amigo íntimo, sino el odiado vecino, el desconocido que reniega de Dios, el familiar mundano, la persona que dañó mi vida, el político espiritualmente indiferente o el indígena de una tribu de las selvas de Borneo. Todos, no sólo mis hermanos en la fe, son mi prójimo. De esta manera, nos marcan una visión absolutamente universalista y no restrictiva como la de sus compatriotas judíos.

El ejemplo de Jesús no es casual. El hecho que ponga una situación directamente vinculada al sufrimiento del otro, del prójimo, nos quiere decir algo. Además de anticipar su obra redentora a la humanidad completa y no sólo a los hebreos, nos dice que debemos amar a todos sin exclusión exhortándonos con firmeza: "*Ante el sufrimiento del otro, cuando las circunstancias de la vida lo dejen herido y medio muerto (Lc. 11:30) aunque ese otro puede no tener ningún vínculo contigo, aunque sea yo un samaritano y el otro un judío, ante su sufrimiento, comprométete*".

Comprometerse con el dolor ajeno como lo hizo el Señor al venir a la tierra para morir por nosotros. Qué tal reto, imposible de realizar sin la ayuda del Espíritu Santo, como el resto de las exigencias del cristiano. Yo quedo perplejo ante la enseñanza lucana y percibo al instante que he fallado en el pasado por mi indiferencia ante la desgracia de los que me rodean, ante las lágrimas de mi país que se desangra y se corrompe, ante el llanto de aquel que se irá pronto y que sufre un dolor físico insoportable. Más fácil era taparme los ojos y dedicarme a las cosas que me interesan, pero Cristo no vino a enseñarnos a seguir la ruta sencilla. Y ante esto, sólo me queda pedir perdón a los amigos que no apoyé cuando sufrían. Pero más que eso, a ese mundo que ignoré porque pensaba que su degeneración era irreversible.

Pero hay esperanza. “Haz tú lo mismo” (Lc. 11:37). Mi esperanza es la metanoia, el cambio de actitud. Y aunque he perdido muchos años, jamás será tarde para Dios. *Este es el llamado misiológico: compromiso real con el enfermo y su familia, haciendo lo que Jesús hacía* (Mt. 4:24, 8:16, 10:8, 14:35; Mr. 1:32; Lc. 4:40, 5:15, 7:21). Volviéndose impuro con la mujer del flujo de sangre, tocando al leproso, sanando al gentil hijo de la sirofenicia por la inconmensurable fe o al siervo del centurión sanado que recibió el “*Ve, y como creíste, te sea hecho*”, e inclusive con los extremos de las resurrecciones de la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín –a la que le dijo un sencillo “*No llores*”– y su amigo Lázaro. Allí estaba Jesús, y allí debemos estar nosotros, al lado del sufriente.

5. Conclusiones

El dolor de mi familia por la muerte de mi hermano ha pasado. Todos nos hemos recuperado tras un proceso duro y tenso que implicó serios conflictos. Ahora, las cosas son más o menos como antes. Yo, a veces, me siento bastante triste, dolido, casi a punto de llorar, pero gracias a Dios la vida vuelve a la normalidad al poco rato. Una normalidad *sin él*.

Tengo conocimientos teológicos y misiológicos, y algunos años de experiencia en ministerios eclesiales, pero todo eso queda en un segundo plano. Aquí, simplemente soy alguien que vivió el proceso de la pérdida y que, desde esa experiencia, analiza lo sucedido tratando de contribuir con ideas para que nuestro papel como cristianos pueda ser útil y relevante. Para mí, una estrategia inteligente de consuelo con sustento en la psicología, una variante teológica que enseñe que Dios no ha diseñado un destino irremediable ni determinó las tragedias de la vida pero que camina a nuestro lado

permitiéndonos construir la historia, y una diferencia del enfoque misiológico que resalte el compromiso pleno de la iglesia con el enfermo y su familia, pueden ser de ayuda para hacer el tiempo difícil más tolerable, más fácil. Ese esfuerzo es invaluable para los que nos quedamos, y es un testimonio poderosísimo, más que mil prédicas o cien cultos.

Que Dios nos ayude en los lugares donde nos permite servir, y nos brinde Su sabiduría para ser agentes de consuelo ante el sufrimiento que nos rodea, siendo un conducto por el que la fe, el amor y sobre todo la esperanza sean derramadas.

Amen.

Referencias

(1) Siguiendo el esquema de Larry Crabb, es posible que la mejor compañía y aliento venga de los consejeros de nivel tres, con más experiencia en casos difíciles, aunque eso no implica que todos los creyentes participen en el proceso de acompañamiento de los involucrados en la enfermedad terminal.

(2) Crabb, Larry: “El arte de aconsejar bíblicamente”. Miami: Editorial Unilit, 2001.

(3) Warner Bros Pictures. Rob Reiner. 2008.

(4) La rueda de la vida. En <http://millenio.wordpress.com/2007/10/31/elisabeth-kubler-ross-la-rueda-de-la-vida-3/>

(5) <http://www.fisterra.com/Salud/1infoCons e/duelo.asp>

(6) Polischuk, Pablo. El consejo terapéutico. Barcelona: Editorial Clie, 1995. Pag. 364-365

(7) La naturaleza (Sal. 19:1), la conciencia (Rom. 2:15), las tablas de piedra (Ex. 24:12), Cristo como palabra viviente (Jn. 1:14), la Biblia (Rom. 15:14), el corazón (Heb. 8:10), los cristianos como epístolas vivientes (2 Co. 3:2-3). Esta lista se encuentra en las ayudas bíblicas de la Biblia Thompson.

(8)
<http://www.geocities.com/leo600603/pagina2/libros/soberaniadedios.html>

(9)
<http://sujetosalaroca.com/2007/12/02/calvinismo-juan-calvino-y-la-soberania-de-dios/>

(10) Berkhof, L. Teología Sistemática. Grand Rapids: TELL, 1979. Pag. 194.

(11) Instituciones de la Religión Cristiana. I, XVI.8

(12) Instituciones de la Religión Cristiana. I, XVI, 2.

(13) Cf. Murphy, Ed. Manual de Guerra Espiritual. Miami: Editorial Caribe, 1994.

(14) Cf. García García, Abel. “La hermenéutica de los amigos de Job”. En “Integralidad” Año 1 Edición 3. Revista Digital del CEMAA, Mayo 2008.

(15) No estoy negando el juicio de Dios. El propio libro de Oseas, en el resto de sus capítulos, es bastante explícito al respecto.

(16) Imaginen que Dios dice: “Adán, te doy mucho margen de libertad para que puedas decidir por ti mismo pero a la vez te doy el marco de las consecuencias” pero al mismo tiempo Dios determina todos los eventos del futuro, predestinando todo. ¿No es eso contradictorio? Por supuesto, ya que la libertad asignada a nosotros sería aparente. Nuestras decisiones no serían realmente nuestras al estar previamente escritas. Ambos preceptos son contradictorios, por lo que uno es el válido.

¿Cuál es? Para mí, el primero de ellos. Por ello, puedo afirmar que Dios no ha determinado el futuro y, en cambio, nos invita a construirlo con él. Él no desea que las malas cosas pasen, pero estas simplemente suceden y, por una pura cuestión de probabilidad, pueden sucederme a mí.

(17) Un brevísimo pero adecuado resumen está en <http://anyulled.blogspot.com/2007/02/la-gran-comisin.html>

(18) He escrito sobre este tema más en detalle en <http://teonomia.blogspot.com/2007/04/jess-definiendo-su-misin-el-manifiesto.html>

(19)
<http://www.autorescatolicos.org/fidelonor00044.htm>

(20) Sicre, José Luis. Profetismo en Israel. Estella: Editorial Verbo Divino, 2005. Pag. 248.

(21)
<http://teonomia.blogspot.com/2007/04/jess-definiendo-su-misin-el-manifiesto.html>

(22) Para ver una perspectiva mateana de la Gran Comisión, pueden revisar <http://teonomia.blogspot.com/2006/08/el-crecimiento-neopsico-o-la.html>

(23)
<http://teonomia.blogspot.com/2007/04/jess-definiendo-su-misin-el-manifiesto.html>

(24)
<http://monjaguerrillera.blogspot.com/>. Lamentablemente la autora lo sacó de la red meses atrás.

(25) Sabato, Ernesto. Antes del fin. Buenos Aires: Seix Barral, 1998.

Bibliografía

Barth, Karl. Carta a los Romanos. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 2002.

Berkhof, L. Teología Sistemática. Grand Rapids: TELL, 1979

Calvino, Juan. Institutos de la Religión Cristiana, volumen I.

Caravias, José Luis.
<http://www.autorescatolicos.org/joseluiscaraviaslosenfermos.htm>
(30-12-2010)

Crabb, Larry. El arte de aconsejar bíblicamente. Miami: Editorial Unilit, 2001.

García García, Abel.
<http://teonomia.blogspot.com/> (30-12-2010)

García García, Abel. La hermenéutica de los amigos de Job. En "Integralidad" Año 1 Edición 3. Revista Digital del CEMAA, Mayo 2008

Gondim, Ricardo.
<http://gondimenespanol.blogspot.com/>
Traducción de Gabriel Nanco (30-12-2010)

Ibarra, Gabriela.
<http://monjaguerrillera.blogspot.com/> (11-05-2008)

Kubler-Ross, Elizabeth. La rueda de la vida. En <http://millenio.wordpress.com/2007/10/31/el-isabeth-kubler-ross-la-rueda-de-la-vida-3/> (11-05-2008)

Murphy, Ed. Manual de Guerra Espiritual. Miami: Editorial Caribe, 1994.

Oñoro, Fidel. En Nazaret: el programa misionero de Jesús. En <http://www.autorescatolicos.org/fidelonoroo44.htm> (10-05-2008)

Polischuk, Pablo. El consejo terapéutico. Barcelona: Editorial Clie, 1995.

Rivas, Anyul.
<http://anyulled.blogspot.com/2007/02/la-gran-comisin.html> (30-12-2010)

Rivero, P. Antonio.
<http://es.catholic.net/biblioteca/libro.phtml?consecutivo=114&capitulo=876> (30-12-2010)

Sabato, Ernesto. Antes del fin. Buenos Aires: Seix Barral, 1998

Sicre, José Luis. Profetismo en Israel. Estella: Editorial Verbo Divino, 2005.

Simpson, A.B. El evangelio de la sanidad divina. Barcelona: Editorial Clie, 1983.

http://estratega.typepad.com/estratega/2004/11/fases_del_duelo.html (11-05-2008)

<http://www.fisterra.com/Salud/1infoConse/duelo.asp> (30-12-2010)

<http://www.geocities.com/leo600603/pagina2/libros/soberaniadedios.html> (12-05-2008)

<http://sujetosalaroca.com/2007/12/02/calvinismo-juan-calvino-y-la-soberania-de-dios/> (04-05-2008)

Sobre el autor

Abel García García estudió Ingeniería Económica (Universidad Nacional de Ingeniería, 2002) y Misiología (Facultad Evangélica Orlando Costas-CEMAA, 2008). Labora como responsable de Riesgos de Mercado en un banco y es profesor en una universidad local. Colabora con el CEMAA enseñando en la Facultad Orlando Costas y dirigiendo la Revista Integralidad. Es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Desde su blog *Teonomía* escribe sobre —esencial aunque no exclusivamente— asuntos teológicos.